

bien el oficio que se reza al lado de Jesucristo después de la comunión ó poco antes de la comunión. Renovar la intención cada vez que se diga: *Benedicamus Domino: Deo gratias.*

*El viernes.*

Rezar el oficio en unión con *el Corazón de Jesús* olvidado, despreciado y siempre lleno de amor. Proponerse como fin particular obtener gracias para los pobres pecadores; gracias especiales para la casa en que estamos, á fin de que reinen *la caridad, la pureza, la observancia regular*; gracias para las enfermas de la casa; gracias para todos. El corazón de Jesús es fuente copiosa é inagotable; el oficio que rezamos va á hacer que se desborde esa dulcísima fuente: ¡hacemos con atención, devoción y fervor! Renovar la intención cada vez que se diga: *Deus in adjutorium meum intende, y Domine exaudi orationem meam.*

*El sábado.*

Rezar el oficio en unión con *la Santísima Virgen*. Rezarle como si estuviésemos en su regazo, repitiéndole las palabras que á ella le son tan agradables. Rezarle como si estuviésemos de rodillas á su lado cuando ella oraba. Con tales pensamientos no podremos menos de rezar bien. ¡Cuántas cosas tenemos que decir á María, mientras nuestros labios pronuncian las palabras de la liturgia! Tenemos que alabarla, darle gracias, felicitarla, pedirle su protección; tenemos que amarla, prometerle muchas cosas, y alegrarnos de estar en su com-

pañía. Renovar la intención á cada *Ave María* que precede al principio de las horas, y al fin cuando se dice la antifona que la Iglesia ha consagrado á la Virgen.

### ARTÍCULO TERCERO

#### La sagrada Comunión.

La sagrada Comunión, esto es, la *unión común entre Jesús y el alma*, es, después de la unión de la divinidad con la humanidad en la encarnación, y después de la redención, lo más grande, lo más santo, lo más clemente, lo más amoroso que jamás haya existido.

La inteligencia humana no puede concebir cosa de mayor consuelo para el hombre en la tierra; la Omnipotencia divina no puede hacer obra de amor más ardiente y generoso.

La sagrada Comunión es el ensayo, el aprendizaje de la vida del cielo, de la felicidad que allí se disfruta, del gozo que allí se siente.

La sagrada Comunión atrae hacia sí todo lo que es puro y todo lo que quiere conservarse puro; todo lo que es generoso y quiere ser cada vez más generoso; todo lo que tiene el instinto de lo bueno, de lo bello, de lo divino, y por eso las religiosas tienen afición y amor especial á la sagrada Comunión: en el mundo habrían podido comulgar con tanta frecuencia como en el monasterio; pero sólo aquí, en el recinto de las paredes benditas que las separa del mundo, y bajo la dirección de una regla que las libra de toda preocupación y congoja

por las cosas materiales, pueden *vivir únicamente para comulgar*. Atraídas por este deseo, han ido al claustro para concentrar todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones, á imitación de la Iglesia, en la sagrada Comunión; de tal modo, que se preguntan continuamente: «¿Esto que estoy haciendo *me hará más digna de comulgar? ¿No me impedirá comulgar?»*

¡Felices las religiosas que merecen comulgar todos los días! ¡Dichosas las que á la hora de la muerte ven el camino del cielo trazado y embellecido por los numerosos días que pasaron en la soledad, embalsamados, santificados y consagrados por la sagrada Comunión!

Vamos á exponer:

- 1.º *El amor de la religiosa á la sagrada Comunión.*
- 2.º *La autorización necesaria para comulgar.*
- 3.º *La recepción frecuente de la sagrada Comunión.*
- 4.º *Los actos que se han de hacer antes y después de la Comunión.*

### I

#### Amor de la religiosa á la sagrada Comunión.

I. Si hay alguno en la tierra que deba amar la sagrada Comunión, es sin duda alguna, después del sacerdote, el alma consagrada á Dios, la religiosa.

Porque ni es religiosa, ni puede mantenerse religiosa, sino *sostenida por la sagrada Comu-*

*nión*. «No me explico — decía en un hospital cierto príncipe luterano á un católico — la inmensa ventaja que llevan vuestras hermanas á nuestras diaconisas (enfermeras protestantes). A pesar de todo cuanto les prometemos y les damos, ni tienen abnegación, ni asisten á los enfermos con la solicitud maternal, con el amor y risueña alegría de vuestras hermanas.» «*Es que nuestras hermanas comulgan* — dijo sencillamente el católico: — *casi todos los días reciben á Jesucristo, y El es quien obra en ellas y por ellas.*»

La religiosa que no tiene á Jesucristo obrando en ella y por medio de ella, y no puede tenerle realmente sino por la sagrada Comunión, marcha arrastrándose bajo el peso de sus votos, como el presidiario bajo el peso de sus cadenas.

La religiosa que no tuviera el deseo de recibir la sagrada Comunión, que se privara sin dificultad de la sagrada Comunión, que no aspirase á la comunión cotidiana, sería una religiosa á quien todo le sería pesado y enojoso en la vida que ha abrazado; una religiosa que ni podría ni sabría cumplir con sus obligaciones; no sabría *amar*, ni *combatir*, ni *sufrir*, ni *obedecer*, ni *orar*.

Muy pocas son, por fortuna, esas pobres religiosas que se dejan dominar del espíritu maligno, ese demonio hipócrita y embustero que no pudiendo hacerlas caer directamente en pecado mortal, so pretexto de un respeto y de una perfección exagerada, las aleja de esa santa Mesa en donde recibirían vida, fuerza y gozo.

¡Por eso están habitualmente tristes, y en su rostro se dibuja cierta frialdad y descontento! Las religiosas que se alejan por sí mismas de la sagrada Comunión son tal vez *observantes*, pero con afectación; *obedientes*, pero con desabrimiento; *caritativas*, pero sin afabilidad, sin atractivo, sin condescendencia, y, sobre todo, sin piedad; no saben ser sencillas ni complacientes: un chiste las escandaliza; les falta el buen Jesús; Jesús, *que es afable y humilde de corazón*.

II. La religiosa fiel tiene amor á la sagrada Comunión porque el mismo Jesús la *invita* á comulgar, hasta la *fuerza* á comulgar. Siéntese conmovida cuando lee en el Evangelio que Jesús *manda, promete, amenaza*: que para movernos á recibir la sagrada Comunión emplea todos los medios que nosotros acostumbramos emplear con otro cuando le queremos inducir á que haga lo que deseamos. Conmúvese al ver que, cuando ella por sus achaques no puede ir á comulgar en la capilla, Jesús va á visitarla en su pobre celda cuantas veces ella quiere y la regla lo permite.

La religiosa fiel tiene amor á la sagrada Comunión porque sabe que cada comunión *la eleva hasta Dios*, en quien está la verdadera grandeza, la grandeza á que ella aspira. Si tanto más se eleva y engrandece el alma cuanto más se acerca á Dios, ¿puede estar más cerca de Dios que cuando ha comulgado? *Hace uno solo con El*; tan íntima es la unión entre Jesús y el alma, que ésta puede decir con toda verdad: *Jesús mora en mí y yo moro en*

*El: ya no soy yo quien vivo, Jesús es quien vive en mí: me he hecho participante de la naturaleza divina*. La criatura más pobre, más humilde y más ignorada en la tierra, cuando acaba de comulgar, es á los ojos de los ángeles y de los santos más grande que todos los ingenios y todos los héroes que tanto admira el mundo.

La religiosa fiel tiene amor á la sagrada Comunión porque cada comunión enriquece su alma de preciosos dones. La sagrada Comunión inspira la humildad, protege la pureza, persuade la afabilidad: con ella se aviva la fe, se afirma la esperanza, se enciende la caridad. Pedid un acto de abnegación, un sacrificio á la religiosa que acaba de comulgar y veréis como no vacila. Si pudiésemos ver á una alma después de la comunión, ¡qué hermoso espectáculo contemplarían nuestros ojos! Veríamos á una *esposa* ataviada de inocencia y radiante de claridad; á una *reina* coronada de virtudes, ceñida del refulgente esplendor que producen los dones del Espíritu Santo; á una *hija*, de cuyo seno irradian, no sólo esas virtudes que hacen la gloria de los santos, sino también las virtudes humanas que cautivan y excitan admiración y amor. En la comunión se recibe á Jesús; ¿y no es Jesús la gracia, la belleza, la amabilidad y la dulzura?

La religiosa fiel tiene amor á la sagrada Comunión porque le comunica todos *los tesoros de la ciencia* que hace conocer y amar las cosas del cielo, y aun para las cosas de la tierra da una perspicacia y prudencia admirables, y,

sobre todo, *sentido práctico* para evitar los errores en que incurren los sabios. La sagrada Comunión es también con frecuencia *un foco de luces*, de donde personas sin estudio ni cultura han bebido conocimientos superiores á los de todos los sabios del siglo; y los mismos Doctores de la Iglesia confiesan que habían aprendido después de comulgar, en ese trato íntimo entre Jesús y el alma, verdades que jamás les habían enseñado los libros. Es *un foco de fuerza y energía; es la fuente de los pensamientos puros, de los prudentes consejos, de los hábitos virtuosos*: es, sobre todo, el *gran consuelo* en las tristes horas del abatimiento, de la aflicción, del dolor, y en los angustiosos momentos del terror que se apodera del alma. En la comunión es cuando se oyé esta consoladora palabra: *Soy yo, no temas*. ¿Quién no ha sentido nacer de repente la calma de su espíritu? ¿Quién no ha llorado de gozo al recobrar de nuevo la paz?

La religiosa fiel tiene amor á la sagrada Comunión porque la permite recibir de la manera más íntima la gracia especial inherente á la *carne, sangre, corazón, espíritu, alma y divinidad* de Jesucristo, porque todo eso se recibe en la Comunión. Comulgar es entrar á la parte en los bienes de dos personas que, unidas por amor ó interés, se dan mutuamente, por contrato solemne, todo cuanto poseen. ¿Y qué es la Comunión sacramental sino un contrato entre Jesús y el alma? Dios se da al alma con todo lo que El tiene: el alma se da totalmente á Dios con todo lo que ella posee. ¡Oh! Cuán

grandes y sublimes misterios se ofrecen á nuestra consideración.

La *carne* de Jesucristo, con su gracia peculiar de pureza, inocencia y santidad, se une, dice el P. Avrillon, á la *carne* de quien comulga, y le comunica esa gracia de pureza, inocencia y santidad que la purifica, la somete al espíritu, enfrena la inclinación natural á los placeres sensuales, y vence la repugnancia á la penitencia y mortificaciones, y, finalmente, la preserva, la sostiene y la conserva.

La *sangre* de Jesucristo, con su gracia especial de expiación, se une con la *sangre* del que comulga, satisface por él en rigor de justicia, y comunica sus méritos á las oraciones que aquél hace para obtener el perdón de los pecados. Esa sangre divina le sostiene en los trabajos y le da fuerzas para resistir enérgicamente á los enemigos.

El *corazón* de Jesucristo, con su peculiar gracia de unción y amor, se junta con el *corazón* de la persona que comulga, y le comunica fe viva y un aumento de amor que le hace sentir un gozo divino hasta en los más penosos sacrificios que Dios exige.

El *espíritu* de Jesucristo, con su peculiar gracia de luz sobrenatural para ilustrar y conducir sin riesgo por el camino de la perfección, se une con el *espíritu* del que comulga, le comunica esa luz, y con el auxilio de esa claridad le cura de su ceguera, instruye su ignorancia, ilustra sus dudas, le saca de sus errores, obstinación y preocupaciones, le hace más dócil á las verdades divinas, más sumiso á las órdenes

de sus superiores, le da, en fin, un conocimiento más perfecto de Dios y de sí mismo.

El *alma santísima* de Jesucristo, con su peculiar gracia de redención, se une con el *alma* del que comulga, y renueva en ella y en su favor, cuantas veces comulga dignamente, lo que una sola vez se realizó en el Calvario: el *sacrificio* que ha rescatado el mundo entero.

La *vida* de Jesucristo, con su peculiar gracia de vida interior y sobrenatural, se junta con la *vida* del que comulga, y le comunica la vida de la gracia y la vida de unión, mediante la cual el alma está en Jesucristo, y Jesucristo está en ella.

La *divinidad* de Jesucristo, con su peculiar gracia de elevación y transformación, se une á la *naturaleza* del que comulga, y la saca, por decirlo así, de su sér para introducirla en el sér de Dios: en cierto modo deja de ser lo que es para participar de la naturaleza divina y ser felizmente transformada en Dios.

He ahí las comunicaciones inefables que se entablan entre Jesús y la persona que comulga: he ahí por qué la religiosa fiel tiene tanto amor á la sagrada Comunión.

## II

### Autorización necesaria para comulgar.

I. La autorización para comulgar la da la regla, que ordinariamente indica *dos* comuniones, á veces *tres*, cada semana.

II. La autorización para recibir la sagrada Comunión una ó varias veces más de las señala-

das por la regla está reservada al *confesor ordinario*.

«Habiéndose consultado — dice Craisson, — á la Sagrada Congregación del Concilio para saber quién podía dar á las religiosas permiso para comulgar fuera de los días señalados por la regla, dicha Congregación respondió el día 4 de Abril de 1725: «Al confesor ordinario, y no á los directores, compete autorizarlas, con el »previo consentimiento del Prelado.»

»Según esta decisión, la religiosa no debe comulgar fuera de los días de regla, aun cuando tenga el permiso de su director, si éste no es su confesor.

»Tampoco podría hacerlo con sólo el permiso del confesor extraordinario; y aunque debe estar autorizada por su superiora, el permiso de ésta no le basta: necesita además el del confesor ordinario, pues sólo éste puede apreciar bien si la religiosa tiene la inocencia de vida y el grado de fervor que Inocencio XI exige para comulgar con más frecuencia de lo que la regla autoriza» (1).

La superiora, dice el P. Meynard, no puede *regularmente* permitir á las religiosas más comuniones que las prescritas por la regla. Podría hacerlo, sin embargo, en casos excepcio-

(1) Se trata aquí, dice juiciosamente el P. Girard, de la comunión extraordinaria concedida habitualmente á las religiosas; porque es evidente que todo confesor, sea extraordinario ó director, en virtud del conocimiento que acaba de adquirir acerca de la persona que se confiesa con él, puede autorizarla para comulgar una ó dos veces.

nales, por una necesidad grave y urgente, como lo sería la muerte de un pariente próximo de las hermanas; ó de un bienhechor insigne de la comunidad, ó cuando va á decirles Misa un obispo ó algún dignatario eclesiástico: en esas circunstancias, y otras semejantes, la superiora tiene licencia presunta del confesor, interpretando favorablemente la intención de éste. Pero en ningún caso puede la superiora conceder la comunión á una hermana á quien la ha negado el confesor.

Aunque la superiora no puede permitir comuniones fuera de regla, la religiosa que ha obtenido autorización para comulgar no puede hacerlo sin el beneplácito de su superiora: con semejante libertad se resintiría el buen orden de las casas. Por eso dice san Francisco de Sales que si algunas hermanas de la Visitación desean comulgar fuera de los días señalados, *no podrán hacerlo sin permiso del confesor y autorización de la superiora*. Sin embargo, la superiora no es la llamada á juzgar sobre la validez del permiso concedido por el confesor: si ella tiene motivos para prohibir la comunión concedida por aquél, carece de autoridad para permitirla. (Craisson, 614.)

El confesor puede prohibir á una religiosa las comuniones de regla. (*Ibid.*)

III. La superiora puede privar de la comunión á una religiosa que hubiese cometido alguna falta grave exterior, á fin de que no se escandalice la comunidad; pero debe obrar con prudencia y no hacer de esa privación un castigo ordinario.

## III

## Recepción frecuente de la sagrada Comunión.

## I.º—MOTIVOS DE LA COMUNIÓN FRECUENTE

La comunión *cotidiana* debe ser el fin de todos los esfuerzos de una religiosa; la que no procurase hacerse digna de ella probaría que ama muy poco á Jesucristo, y podría decir, en cierto modo, que obligaba á Dios á arrepentirse de haberla llamado á la vida religiosa.

Aspirar á la *comunión cotidiana* es corresponder á los deseos de Jesucristo, quien, como hemos dicho, invita, apremia, ruega, promete, amenaza para inducirnos á que le recibamos en nuestros corazones. Es obedecer al deseo formal de la Iglesia, expresado por las palabras de los Soberanos Pontífices y por el Concilio de Trento. Es seguir el ejemplo de los santos. Es satisfacer los más ardientes deseos de un corazón que ha sido hecho para Dios y está sediento de Dios, puesto que ha ido á la religión para ser más enteramente de Dios. Es dar al alma el alimento y el remedio de que tiene necesidad. Es glorificar á Dios cuanto puede glorificarle una criatura, pues le sirve de tabernáculo, y para serlo dignamente se conserva pura, obediente, recogida y desasida de todo.

Comulga, pues, con frecuencia, dice san Francisco de Sales, y las más veces que puedas, con permiso de tu padre espiritual; y créeme, á fuerza de adorar y comer la hermosura, la bondad y la pureza por esencia en ese

divino Salvador, llegarás á ser enteramente hermosa, buena y pura.

Comulga como los Apóstoles hacían comulgar á los primeros cristianos, y como los Padres hacían comulgar á los fieles de los siglos posteriores: *todos los días*. La Eucaristía, añade Fenelón, es el pan cotidiano; el alimento de ayer no basta para hoy.

Comulga con frecuencia para reparar las fuerzas de tu alma y darle el alimento espiritual que ha menester para cumplir sus deberes de modo que merezca el cielo. Sin la comunión frecuente, *el deber*, que en la vida del claustro es siempre un poco monótono, llega á hacerse pesado y molesto; se cumple con pena, sin animación, sin provecho para el cielo.

Comulga con frecuencia para remediar con la virtud del cuerpo de Jesucristo tus miserias, curar tus enfermedades espirituales y aumentar los principios de vida de tu alma.

Comulga con frecuencia para purificarte de los pecados veniales: *La comunión*, dice el Concilio de Trento, *es un antidoto que nos libra de las faltas cotidianas*; para fortalecerte contra las recaídas en los pecados veniales: *El pecado es nuestra llaga*, dice san Ambrosio, *la Eucaristía es nuestro remedio*; *pecas verbalmente todos los días*, añade san Agustín; *si quieres no pecar, comulga todos los días* para templar los ardores de la concupiscencia y preservarte del pecado mortal. La Eucaristía, dice el Concilio de Trento, por su misma naturaleza, confiere á los que comulgan fuerza para resistir á las tentaciones, librándolos de sus cotidianas fra-

gilidades, y dándoles aumento de vida, de vigor y de amor de Dios. *La Eucaristía*, dice san Bernardo, *nos preserva de consentir de lleno en las ocasiones de pecado mortal*.

Comulga con frecuencia para mantener y perfeccionar la unión con Jesucristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él*. Nuestra carne, dice San Cirilo, se une á la de Jesús como dos pedazos de cera derretidos juntos. La Eucaristía desarrolla esa unión—como el alimento terrestre desarrolla las fuerzas del cuerpo—para consolidar y mantener la unión entre tu alma y la de tus hermanas. La sagrada Comunión amortigua la concupiscencia, origen de nuestras divisiones; nos va dando poco á poco á todos el mismo espíritu, el mismo corazón, la misma voluntad y nos obliga á vivir en paz con todos para ser dignos de recibirla con frecuencia. La sagrada Comunión destruye paulatinamente el egoísmo, la envidia, el amor propio, la suspicacia, todos esos sentimientos que tienden á dividir los corazones.

Comulga con frecuencia para ilustrarte: *Jesucristo es la luz verdadera que alumbra á todo hombre venido á este mundo*, para ayudarte en los trabajos y sacrificios, para consolarte, animarte y llegar finalmente á la perfección: *Jesucristo es el camino, la verdad y la vida*.

## 2.º—CONDICIONES PARA LA COMUNIÓN FRECUENTE

I. Comulgar todos los domingos no constituye, en general, *la comunión frecuente*. Po-

dría decirse que en las comunidades cuya regla prescribe comulgar *dos veces por semana* tampoco eso constituye siempre *para una religiosa* la comunión frecuente; pero si la regla prescribiese *tres* comuniones por semana—y de ese número no puede nunca pasar la regla,—la comunión se consideraría como *frecuente*, y en este caso se habrían de exigir las condiciones que esas comuniones reclaman. (P. Meynard.)

II. Para que la sagrada Comunión sea buena y produzca de un modo general los efectos para que la instituyó Jesucristo, esto es, *alimentar y fortalecer* el alma, *basta que ésta se halle limpia de pecado mortal.*

III. Para que la sagrada Comunión produzca sus efectos en toda su extensión, como deben deseárselos sobre todo las personas religiosas, se requiere:

1.º *Que el alma esté exenta de pecado venial.* Á todos es fácil purificarse; antes de recibir la comunión, purificarse de los pecados veniales, bien por un acto de amor y de contrición, bien haciendo (con intención de purificarse) la señal de la cruz con agua bendita, ya uniéndose con la misma intención al sacerdote que al pie del altar dice el *Confiteor*, ya exponiendo sus faltas ante la hostia consagrada y pidiendo á Jesús que se las perdone y satisfaga por ellas durante la santa Misa.

2.º *Que el alma no tenga afición al pecado venial.* Es decir, que evite todo pecado venial plenamente deliberado; que si cae en esa clase de faltas sea por imprevisión ó inadvertencia,

y que trabaje *habitualmente* por evitar todo lo que puede inducir á esos pecados (1). Aunque caiga muchas veces en faltas veniales, si se humilla y las deplora, y trata de repararlas cuidando de ser más fiel, más observante, no debe abstenerse de la comunión por semejantes fragilidades. *Las flaquezas cotidianas*, dice Fenelón, *lejos de ser impedimento para comulgar todos los días, son, por el contrario, precisamente lo que debe excitarnos á recurrir á este remedio cotidiano.* No se ha instituído la sagrada Eucaristía para ángeles impecables, sino para hombres pecadores, frágiles é imperfectos, y es, como ya hemos dicho, *el antídoto que purifica de las faltas ordinarias y preserva de los pecados mortales.*

La persona que vive habitualmente con estas disposiciones puede recibir la comunión con frecuencia, y aun todos los días. « Pero si hay en nosotros—dice el *Directorio espiritual de la Trapa*—un solo vicio que habitualmente no queremos evitar; un solo punto de la regla cuya observancia descuidamos voluntariamente; un solo defecto de que, aun después

(1) Para la comunión frecuente y cotidiana se requiere, excepto el caso de una verdadera necesidad: 1.º, exención de todo afecto al pecado venial; 2.º, exención de todo pecado venial plenamente deliberado; 3.º, tendencia á la perfección, según su estado, mediante la fidelidad á los ejercicios espirituales; 4.º, devoción actual, ó más bien aplicación á excitarla (San Ligorio, *Praxis*, 149).—Para comulgar todos los días, dice san Francisco de Sales, es preciso tener dominadas y subyugadas en gran parte las malas inclinaciones.



de habernos reprendido, no procuramos sinceramente corregirnos, semejante disposición es suficiente para que todas nuestras comuniones sean tibias y sin fruto, y deberemos agradecer muchísimo al confesor el que nos prive de algunas para disponernos mejor á hacerlas todas santamente.

»Verdad es que no hay estado de perfección, por alto y sublime que sea, que por sí mismo haga imposible el pecado venial: las almas más santas no están libres de cometerle; por eso se confiesan y para eso comulgan, puesto que uno de los efectos de la comunión es servir de remedio al pecado venial cuando realmente deseamos curarnos de él. Pero mucho más peligroso que esos actos de fragilidad es la *afición, la disposición al pecado venial y el poco ó ningún caso que de él se hace*; porque esa disposición indica, no solamente una fragilidad de la humana naturaleza, sino un verdadero desarreglo de la voluntad (1).

(1) Es un error, dice san Ligorio, conceder la comunión frecuente á los que tienen faltas veniales de que no quieren corregirse.... Conviene, sin embargo, permitir la á las personas que sin comunión (frecuente) estarían en peligro de caer en pecado mortal. (*Praxis*, 149.)

La comunión frecuente y aun cotidiana, dice santo Tomás, es en sí misma una cosa excelente y utilísima; pero respecto á los que la han de recibir no conviene indistintamente á todos los que están en gracia (condición indispensable), sino sólo á los que están convenientemente dispuestos. Recibid cada día la comunión, dice san Agustín, para que cada día os sostenga; pero vivid de manera que merezcáis comulgar todos los días. Mucho me costaría, dice san Ligorio, conceder la comunión frecuente á quien rehusara corregirse de un defecto que, sin

»Un religioso que se mostrase poco solícito de su adelantamiento espiritual; poco exacto en hacer la oración y el examen de conciencia; inobservante por negligencia; que no tratara de corregirse y conocerse; que no quisiera tomar precauciones velando sobre su conducta, semejante religioso no podría sacar fruto positivo de todas las comuniones prescritas por la regla; debería considerarse en estado de pecado venial permanente, estado indigno de un alma tan frecuentemente honrada con la visita de su Dios.

»Lo que en este caso debería hacer el religioso no es *alejarse de la sagrada Mesa* adonde le llaman y convidan la voluntad de Dios, la edificación de sus hermanos y su propio interés, sino reformar cuanto antes su conducta y disposiciones, velar sobre sí mismo y orar, para hacerse digno de llegarse á comulgar santamente.»

#### IV

##### Antes y después de la sagrada Comunión.

No vamos á dar aquí un método especial de *preparación para la sagrada Comunión*, ni de *acción de gracias* cuando se ha tenido la dicha de comulgar. La vida de la religiosa, esa vida regular, pobre, caritativa, ocupada, risueña,

ser evidentemente pecado venial, fuese á todas luces contrario á la perfección, sobre todo si se tratara de falta de humildad ó de obediencia.

sumisa á todo y á todos, es por sí misma una preparación incesante y al mismo tiempo una continua acción de gracias. En la vida de una religiosa la comunión no es un *accidente*; es una *simple media hora* de esa vida tan llena; pero la *media hora* principal, adonde convergen todas las horas que la preceden y de donde reciben su influencia todas las horas siguientes.

Siendo así, á medida que se va llegando esa hora, necesariamente ha de dominar esta idea: *Voy á comulgar, voy á recibir á Dios en mi alma*; y desde que la religiosa despierta, y durante la oración y durante la santa Misa, se ofrecen á la imaginación las imágenes más conmovedoras.

Es mi *Señor*, que viene á ver si en su hacienda está todo en buen estado; si hay algún desorden; si desde la visita de ayer ha venido alguno á trastornar lo que El mismo había arreglado, ó á traer algo que á El le desagrade.....

Es mi *Padre*, que viene á darme una nueva prueba de su amor; á preguntarme si continúo queriéndole, acordándome de El; á recibir mis confidencias, mis quejas, mis súplicas.....

Es mi *médico*, que viene á visitarme; á enterarse de mis imprudencias, de los remedios que he tomado, de las fragilidades en que he incurrido; á examinar si debe curarme, aliviarme, ó dejarme todavía con mis padecimientos.....

Es mi *defensor*, mi *protector*, mi *consejero*, mi *guía*.

Jesús es para el alma todo cuanto ella necesita.

Y con tales consideraciones no puede menos de experimentar los más vivos sentimientos de *fe, respeto, adoración, humildad, gozo, gratitud*.....

Después de la sagrada Comunión, cuando ya Jesús mora en ti, ruega amable y afectuosamente á tu Angel custodio que no le deje solo; pide á María que se digne también acompañarle. ¡Oh! Es tu *Señor*, tu *Padre*, tu *médico*, tu *protector*, tu *consejero*, tu *amigo*..... Adórale, dale las gracias y, sobre todo, ofrécete á El. No hay oración más piadosa y afectuosa que la de san Ignacio: *Recibid, Señor, toda mi libertad; aceptad mi memoria, mi inteligencia, todos los afectos de mi corazón. De Vos he recibido todo cuanto soy, todo cuanto tengo; y ahora os lo devuelvo, Señor, y me pongo á la disposición de vuestro beneplácito. Dadme vuestro amor y vuestra santa gracia, y soy bastante rico; nada más quiero.*

Retírate despacio y con sosiego, diciéndote interiormente: *Voy á llevar la paz, la dulzura, la mansedumbre, la abnegación de Jesús en medio de mis hermanas.* Durante el día has de tener algunos momentos bien determinados para decirte: *He comulgado esta mañana.*